

Tatiana Bubnova

“GUAYAQUIL” DE BORGES EN EL DISCURSO SOBRE LA ARGENTINIDAD

Resumen: El objetivo de este trabajo es mostrar en qué forma un cuento de Borges no sólo se relaciona con la realidad histórica, sino de qué manera el texto mismo participa como interpretación o argumento ideológico en un debate histórico en torno a la identidad argentina. La identidad es entendida aquí como una especie de discurso virtual que puede ser reconstruido a partir de los diferentes discursos sociales, entre los cuales el literario tiene un lugar privilegiado. Borges muchas veces ha sido interpretado como un constructor consciente de la “irrealidad” literaria. Partiendo de la premisa de que el lenguaje es un medio social imposible de desligar de la “realidad”, y teniendo como telón de fondo las teorías sociocríticas, se está mostrando la multiplicidad y la sofisticación de los vínculos de este pequeño texto de Borges con historia y literatura, y su participación en el diálogo social vivo a través de algunas lecturas contemporáneas.

Palabras clave: sociocrítica, identidad, discurso social, Bajtín, Borges

Title: Borges’s “Guayanquil” in the Discourse about Argentinity

Abstract: The aim of this article consists in showing not only how the form of Borges’s short story is related to the historical reality, but also how this literary text itself (conceived as an interpretation or an ideological argument) participates in a debate on Argentinean identity. Identity is, thus, a kind of a virtual text which can be reconstructed on the basis of social discourses, primarily the literary one. Borges was perceived as a creator of literary “irreality”. This article (in accordance with the sociocritical theories) parts from the premise that the language as a social construct cannot be separated from the reality. Further, it analyzes multiple and sophisticated relations that connect this short story with history and literature as well as the text’s participation in the social dialogue, achieved by chosen contemporary readings.

Key words: sociocriticism, identity, social disourse, Bakhtin, Borges

In memoriam M.-P. Malcuzyński

Le début d'un texte n'est pas son commencement; un texte ne commence jamais, il a toujours commencé avant.

Claude Duchet

Pierrette Malcuzyński poseía una brillante inteligencia teórica. El proyecto de la sociocrítica, disciplina cuya preocupación central era dilucidar de qué modo lo social –lo que está antes que el texto, el pre-texto– se inscribe en un texto literario, de cómo los textos permiten leer y vivir lo social, más que los obsoletos esfuerzos por demostrar que la literatura “refleja” la sociedad, alentó su obra en una enorme medida. En relación con aquel proyecto, reconozcamos el ascendente que experimentó de las ideas del círculo de Bajtín: sin duda, en una mayor medida que una gran parte de los sociocríticos. De hecho, nos conocimos, nos hicimos amigos y cómplices intelectuales en el terreno bajtiniano. Ahora, cuando la teoría como disciplina institucionalizada y como ejercicio autónomo se quedó en un segundo plano, los logros teóricos capitalizados por aquella corriente nos facilitan y ordenan la lectura, desempeñando sobre todo una función heurística, en el sentido en que lo señalaba Robert Barsky:

Sociocriticism, as a research Project, helps to specify the nature of the “impact” (Chomsky) that literature has upon the reader by pointing out its paradoxical roles, as on the one hand that which proliferates (variously constituted fragments of) social discourse (by virtue of its intertextual nature), and on the other (or by extension), that which challenges the broader compendium of social discourse through its ability to juxtapose and articulate contradictory, uncomplimentary, or unrelated fragments of a (presumed) whole. (1993: 154)

De hecho, detrás de los proyectos como el sociocrítico se divisa la duda esencial acerca de la relación de la literatura con la “vida” y, especialmente, acerca del papel de una inteligencia individual en el proceso de la creación. La soledad de Borges y su individualismo, su ceguera física y su poderosa lucidez intelectual nunca lo apartaron, por ejemplo, del interés por lo esencial que constituye nuestra individualidad: la cuestión identitaria. La idea de la identidad constituye justamente el vínculo por excelencia del individuo con la sociedad de la que forma parte. Este tipo de preocupaciones caracterizaron la obra de Borges de una manera bastante explícita en la juventud, mediante la inclusión de los temas y simbologías relacionadas con la afirmación de la argentinidad, tales como el criollismo y lo gauchesco, la lengua y las formas poéticas tradicionales, la madre patria y la necesidad de distanciarse de ella, articulándose como una relación con lo ajeno y con lo ajeno-propio. La relación entre lo propio y lo ajeno se manifestaba, a principios del siglo pasado, como la conciencia de ideologías, maneras de ser, hablas varias y un bagaje cultural exógeno que aportaban los nuevos argentinos, los inmigrantes, aquellos que no podían ostentar la genealogía de los fundadores de la nación ni el vínculo de sangre

con la tierra, pero que se apropiaban cada vez más de los elementos y símbolos culturales tradicionales, dando inicio así a una nueva etapa en la gestación de la argentinidad. La poesía de Borges puede verse como una especie de respuesta a este proceso. La afirmación de la identidad argentina se rastrea en su poesía mediante la apelación a los antepasados fundadores de la patria (cf. numerosos poemas referidos a Isidoro Acevedo, a partir del que aparece publicado en *Cuaderno San Martín*). En la etapa tardía de su creación, estas preocupaciones por la argentinidad podían adquirir una forma mediada, sesgada, distanciada y, sobre todo, ironizada; es decir, bajo el modo prosístico (si atribuimos la exaltación y el *pathos* al registro "poético"). Un ejemplo de una puesta en literatura de la temática identitaria es el cuento "Guayaquil" (publicado en 1970 en *El informe de Brodie*). Mediante una informal "sociocrítica" (no pretendo construir "sociogramas" ni realizar un registro completo de "discursos sociales") quiero mostrar no sólo la complejidad de esta pequeña obra maestra y su profundo vínculo con lo social –el problema de la identidad está en el centro del cuento sin constituir necesariamente un tema autónomo–, sino también la vigencia del problema para el lector contemporáneo y para el diálogo social sobre el destino histórico de los argentinos.

Mi *démarche* "sociocrítica" va a tomar un giro peculiar, permaneciendo como tal tan sólo en el objetivo más general de esta ya hace algún tiempo expirada institucionalmente, pero en muchos aspectos vital e iluminadora disciplina que permanece como una *actitud*. Me dirijo a la vertiente bajtiniana de la génesis de la teoría y la práctica sociocrítica, y pongo de manifiesto problemas y relaciones que permanecieron como los "no dichos" de la misma: la teoría del enunciado (cuyo sentido se articula como una respuesta a un enunciado anterior), el problema de la "palabra ajena" en la formación del discurso propio y de la conciencia, por una parte, y la refracción de la palabra ajena en la palabra propia del sujeto. ¿Habla Borges su propio lenguaje (postulado universalmente aceptado) o bien el lenguaje del otro (como, creo, habla todo el mundo sin plantearse como problema)? Mis puntos de partida son, sin explicitarlo en citas o referencias concretas, las obras de Bajtín y su círculo: "La palabra en la vida y la palabra en la poesía" (1926) y *El marxismo y la filosofía del lenguaje* (1929), de Volóshinov; *El método formal en los estudios literarios* (1928), de Medvédev; *Autor y héroe en la actividad estética* (h. 1924), *Problemas de la poética de Dostoievski* (1929, 1963), *La palabra en la novela* (1935), de Bajtín. Por supuesto, está de por medio la lectura de los sociocríticos: Duchet, Cros, Robin, Angenot, Malcuzyński.

Utilicé este cuento, durante años, como ejercicio de análisis textual, muchas veces a una luz bajtiniana, en las clases de teoría literaria, con varias generaciones de estudiantes de posgrado. En el transcurso de los años, alumnos de diferentes generaciones aportaron distintas visiones de la estructura del cuento y, en un grado mucho menor, de su referencialidad, partiendo cada vez casi desde cero, porque el tema de *Guayaquil* no suele decir nada culturalmente marcado a los jóvenes mexicanos (estamos inmersos aquí en México en una parcela distinta de historia latinoamericana, que tiene sus propios héroes y sus propios puntos de fuga en la literatura, que esperan interpretación), de modo que había que empezar por refrescarles a los alumnos sus conocimientos de la historia de la parte sur del continente americano. Lo que su lectura muchas veces confirmó era un dejo de ironía (sin objeto manifiesto) y la referencia a los tópicos internos

de la obra del propio Borges. Ahora bien, la ausencia explícita de “espejos”, “laberintos” y otros lugares comunes asociados a la obra del gran argentino, y la presencia de cierto contexto “histórico” y/o “real”, cuya falta muchos quieren ver como su marca de fábrica, a veces desalentaron a los jóvenes analistas, que encontraron este cuento como “atípico” de su obra¹. Ahora bien, hace ya algunos años, cierto oyente de mi curso sobre Bajtín, más maduro y de origen argentino, de repente expresó un nivel de empatía con el tema del relato al que yo no estaba acostumbrada en el medio mexicano. Dijo que el cuento era patético y profundamente triste, y además inscrito en un contexto muy vigente de la educación argentina. Todo esto lo logré profundizar, cuando se me ocurrió ventilar el tema, ya bastante investigado, por Internet. El resultado me impresionó en la medida en que ecos de un diálogo social vivo, pero jamás resuelto, al llegar de Sudamérica, puso de manifiesto la vigencia del tema histórico y de los símbolos e ideologías que Borges sesgadamente tocó en “Guayaquil”. Es por eso que yo, en calidad de un “tercero” en un diálogo de los adeptos de las partes “bolivariana” y “sanmartiniana”, decidí señalar la inscripción del cuento en el proceso del discurso social que se remonta casi al suceso mismo que al título hace referencia. Más aún, encontré una confirmación a tal intuición en bastantes trabajos contemporáneos que analizan o destacan de alguna manera este cuento.

Borges es, por definición u opinión común que presupone una elección, un escritor “no ideológico”. Partiendo de este lugar común de la crítica, se perciben “voces” triunfantes de los que se oponen a la visión sociológica y sociocrítica de la literatura, poniendo a la cabeza la consigna extraída de Derrida (1967: 227): “Il n’y a pas de *hors-texte!*”² Todo está en el texto, todo es texto. Todo depende de cómo el texto se concibe. ¿Está el texto borgeano vertido sobre sí mismo? Todo es relación *entre textos*: intertextualidad, diálogo entre textos. La convicción de Bajtín en que detrás de los textos-enunciados están sujetos ideológicos, que dejan huella en el *gran tiempo* gracias a los textos que así establecen relaciones-diálogos con más textos, más sujetos, tal vez parezca un poco metafísica; yo quiero hacer de esta profesión de fe una suerte de método. Textos de la literatura, textos de la historia, textos del psicoanálisis, textos del periodismo cultural, textos espurios de los *chats* de Internet. Mi interés no es polémico, ni tampoco busco demostrar lo evidente por sí mismo. El propósito de mi análisis no es demostrar la relación de Borges con los “problemas sociales”, sino el de descubrir con qué sutileza y sofisticación pueden manifestarse en algún texto particular a través de sus relaciones con más textos-enun-

¹ En esta percepción han coincidido con algunos lectores argentinos, muy autorizados, por cierto. Así, el escritor Juan José Saer parece que “aborrecía” *El informe de Brodie*, viendo en este libro la muestra del decaimiento del talento de Borges; Beatriz Sarlo, por su lado, descubre la reproducción de los tópicos del “doble”, “espejo”, “puesta en abismo” con cierta cortedad: “«Guayaquil» pone en una disputa académica banal entre historiadores esta misma dimensión de temporalidad infinita, que repite en cada enfrentamiento en abismo, especular y periódicamente, una historia pasada” (Sarlo 2001).

² La expresión viene de *De la gramatología*. La sociocrítica (Claude Duchet), que surge por los mismos años (al filo de los 70), utiliza la idea de *hors-texte*, el “fuera del texto”, como un término técnico que, junto al *avant-texte* (traducido como “pre-texto”), designa una variedad del contexto que determina el texto. El *hors-texte* permite que el *avant-texte* (“pre-texto”) emerja. Más adelante veremos cómo estos conceptos ayudan a entender el texto borgeano.

ciados. "Guayaquil" es una buena muestra, porque retoma hilos temáticos presentes en la obra del autor argentino desde las primeras etapas de su evolución, y con base en una estética elaborada en la madurez, propone en *El informe de Brodie* un peculiar "realismo" que, en particular en nuestro cuento, esconde los referentes históricos y las preocupaciones identitarias en el laberinto literario cuyo desciframiento requiere una considerable colaboración del lector, condición que de hecho forma parte de la poética de Borges. La densidad textual propone muchas posibilidades de interpretación, pero todas apuntan a un involucramiento del sujeto que escribe no sólo desde una perspectiva estética, sino que demuestra que el sujeto comulga con las "realidades" extratextuales. Por otra parte, otros cuentos de *El informe de Brodie*, así como las lecturas previas de Borges constituyen, junto con otras claves, los "no dichos" y tal vez lo "no decible" que, sin embargo, vienen a ser las vías hacia el sentido y corroboraciones del contacto con el lector. Es de notar que las ideas de Borges sobre la lectura creativa, que dan forma a toda su producción en prosa, empalman perfectamente con las de Bajtín acerca del crecimiento productivo del sentido de las obras en el transcurso de su existencia histórica. Es decir, el lector participa en la configuración del sentido y contribuye mediante la lectura a la supervivencia de las obras. Más aún, vistas desde una cultura ajena, las obras muestran aspectos que no son capaces de revelar en la misma forma en su propio contexto.

La actividad humanística y, en particular, el arte, es una actividad "participativa". El arte es generoso y rico, receptivo y comprometedor; jamás exento de ideología. Condensa, bajo forma artística, la experiencia humana de la cognición y de la ética, sin ser propiamente producto de la ciencia ni de la moral, sino algo cualitativamente nuevo: justamente, una obra de arte. Tal es el sentido de lo estético en la versión de Bajtín.

La actividad del sujeto creador implica una participación íntima y una comunicación secreta de su realidad desde muchas perspectivas, permitiendo ver en un "héroe" la plasmación singular de la "realidad" en una forma literaria, mediante la cual el "autor" dialoga con la "vida", que no se entiende sino como la generación permanente del acto ético, de un "interactuar" que nos convierte a nosotros en humanos, y a todos nuestros actos, en un diálogo con los otros y en una apelación al mundo. El ejercicio literario es así una variante específica de acto ético.

Este "involucramiento" tal vez hubiese podido medirse por la distancia que establece el "autor"³ con respecto a su "héroe", personificación de su "otro": en nuestro caso, el narrador. Esta distancia es incierta y vacilante. Por una parte, no es difícil establecer que Borges escritor participa, biográfica y estéticamente, de las actitudes que evoca en el héroe; por otra, la perspectiva literaria y filosófica le permite un juego con este involucramiento, esta "actitud participativa". Las lecturas tanto de gente de letras como de quienes no hacen de la literatura una profesión confirman esta catarsis identitaria que Borges, queriendo o sin querer, proyectó en este breve texto.

Rafael Olea Franco ya hace tiempo corroboró la presencia de ciertos temas transversales en la obra de Borges, paralelos al cosmopolitismo que cierta crítica reivindica para definir a un "verdadero" Borges, cuyos textos privilegian procedimientos y temas

³ En Bajtín, el autor es una especie de energía creativa inherente al texto, pero situada en el límite entre la vida y el arte, y que se actualiza tan sólo en la lectura y en interacción con el lector.

fantásticos y policiales (Olea 1993: 287), así como obras que manejan citas eruditas, traducciones desviadas, falsificaciones literarias, etc. Aquellos otros temas (cuchilleros, gauchos, hechos de sangre, referencias históricas, etc.) que, habiendo aparecido al principio de su obra, resurgen al final, un Borges tardío los definiría como un “realismo” (en el prólogo a *El informe de Brodie*)⁴. Con lo peculiar que este realismo resulta, hay una observación que vale la pena retomar; dice, entre otras cosas: “creo haber encontrado mi voz” (Borges 1998: 373). Esta “voz” sintetiza las referencias “realistas” con el manejo casi siempre truculento de las lecturas literarias.

Y la voz evocada en la literatura está íntimamente ligada al posicionamiento del sujeto en el mundo; en última instancia, a la “ideología”. El sema de “Guayaquil” representa, de este modo, el ideologema borgeano de la identidad argentina orientado a los conceptos respectivos vigentes en su juventud.

El ideologema es la representación, en la ideología de un sujeto, de una práctica, una experiencia, un sentimiento social. El ideologema articula los contenidos de la conciencia social, posibilitando su circulación, su comunicación y su manifestación discursiva en por ejemplo, las obras literarias. (Sarlo y Altamirano 1993)⁵

El título del cuento, “Guayaquil”, no nombra simplemente una población en la costa pacífica del Ecuador, sino que contiene la cifra y el símbolo de un hiato histórico –un “secreto”– relacionado con la formación de los Estados sudamericanos, con posiciones ideológicas que retoman por emblema a los protagonistas de aquel suceso e, incluso, con las polarizaciones ideológicas de las identidades nacionales latinoamericanas en permanente proceso de formación. Para ilustrar el último postulado, que puede parecer demasiado directo, citaré, antes de entrar en la materia del cuento borgeano, el principio de un texto escrito a propósito del mismo:

La creencia cierta en la preeminencia argentina sobre el resto de América Latina, afirmada a veces como una realidad evidente, y a veces como un destino más o menos diferido pero en todo caso ineluctable, forma parte de los fundamentos y los mitos de origen de la argentinidad. Entre las diversas escenas de fundación que disponen los relatos de la historia, las que sellan esa ambición de predominio son sobre todo las relacionadas con la gesta militar de José de San Martín. (Kohan 35)

Y luego se dice que el límite en que se tropieza esta mitología es justamente Guayaquil, porque “en Guayaquil se agota la certeza de que, en América Latina, no les tocaba –no podía tocarles– otra alternativa a los argentinos que la de imperar y prevalecer”

⁴ Olea, por la misma naturaleza de su libro, en el cual analiza la génesis y la presencia de los temas “criolistas” en Borges, acentúa sobre todo “los relatos orales de duelos a cuchillo” (Olea 287); en este artículo pondré un mayor acento sobre otra implicación del mismo tema que, paradójicamente, incluye el de la oralidad, pero en una forma muy distinta, presente sobre todo como conciencia estilística y el trabajo con el *discurso ajeno* (término que proviene del aparato conceptual del grupo de Bajtín).

⁵ El concepto de ideologema que estos autores manejan, acentuado en los primeros estudios bajtinianos de Kristeva, se remonta, en realidad, al Círculo de Bajtín (Volóshinov, Medvédev).

(Kohan 36). Porque el tema de Guayaquil se relaciona con una falla y un fracaso⁶. Lo oral y lo literario, los registros de Internet y los textos de la historia interpretados a su vez desde una perspectiva histórica, constituyen el fondo sobre el que resulta posible y existe el "vasto rumor fragmentado" del discurso social sobre la identidad al que el emblema de Guayaquil se integra como su elemento histórico e ideológico, basado, por lo demás, en el pre-texto global, porque todos los sucesos de la historia nos llegaron, en fin, tan sólo en forma de textos (¡tenía razón Derrida!). De textos-enunciado, quisiera agregar; textos llenos de opiniones y valoraciones, de prejuicios, sentimientos y sobreentendidos, textos respuesta a textos anteriores igualmente cargados de "tonos emocionales y volitivos" (Bajtín).

De lo dicho se desprende que, desde luego, bajo el concepto de "discurso social" no entendemos referencia a ninguna "verdad" científica o bien histórica, sino a opiniones ideologizadas que con toda probabilidad provienen de la "historia oficial" vulgarizada y manufacturada de acuerdo con las necesidades, a veces totalmente coyunturales, de los Estados particulares que se abogan la tarea de la educación pública, misma que, siendo justamente uno de los "aparatos ideológicos de Estado", viene a ser un vehículo de los intereses del poder, sobre todo mediante la identificación de los intereses de los grupos en el poder con los "nacionales". Parte de esta opinión pública procede tal vez de fuentes originalmente "científicas" consensuadas en su fase de divulgación, pero otra parte puede generarse en los mitos de procedencia más variada. Todas estas "opiniones" vertidas en discurso tienen que ver con ideologías como imaginario social de grupos, son analizables desde un punto de vista histórico y sociológico y, desde luego, de muchas maneras ingresan a los horizontes literarios de los autores que las pueden interiorizar como "naturales".

El puerto de Guayaquil⁷ fue el lugar donde en julio de 1822 conferenciaron a propósito de la liberación de Perú, Colombia y de lo que todavía no era Ecuador los próceres de América del Sur, Bolívar y San Martín. Como resultado aparente de aquellas conferencias, San Martín se retiró del escenario político y emigró, dejando el "terreno libre", es decir, libre para concluir la liberación sudamericana, a Bolívar. San Martín en aquellas fechas era libertador de la fracción sur del subcontinente (Argentina, Chile, parte de Perú) y llevaba el título de Protector del Perú. La provincia de Guayaquil, que reclamaba su autonomía según los planes de su gobierno provisional⁸, podía también adherirse

⁶ El tema se articula así en múltiples enunciados en torno al suceso de Guayaquil. Incluyo estas referencias desde el horizonte conceptual de la sociocrítica, con su noción de discurso social que es "cette «immense rumeur fragmentée qui figure, commente, conjecture, antagonise le monde» et que l'écrivain écoute avant tout, du point où il se situe dans la société... Le discours social produit des croyances; il charme; il légitime certaines opinions, certains goûts et certains thèmes. Il médiatise entre sociolectes et «homogénéise» l'hétéroglossie (Bakhtine) des sociétés de classe. Dans le discours social, toutes les formes «douces» de dominations coexistent" (Malczynski 48; a su vez cita a Robin-Angenot "L'inscription du discours social dans le texte littéraire", *Sociocriticism* 1985, 1.1: 54).

⁷ Guayaquil era una base naval, un centro de construcción de buques y uno de los puertos principales del Pacífico, con importantes enlaces comerciales que abarcaban desde la Nueva España en el norte hasta Chile en el sur (Rodríguez 267-268).

⁸ Al que Bolívar se refirió como "republicueta".

a Perú⁹, habiendo pertenecido al Virreinato de Perú, donde se llevaban a cabo todavía acciones militares contra las tropas realistas: las opciones todavía estaban abiertas. San Martín necesitaba pedirle a Bolívar refuerzos, teniendo en mente la pertenencia de Guayaquil al Perú. Pero el Libertador tenía otros planes para dicha provincia, a la que inmediatamente después del encuentro anexaría en favor de la Gran Colombia (1822-1830). A San Martín le fueron negadas, al menos en el número requerido, las tropas de apoyo que necesitaba en su guerra contra los “godos” (españoles). Supuestamente, San Martín también se ponía a sí mismo bajo las órdenes de Bolívar, para proseguir la lucha. También esta oferta fue, aparentemente, rechazada. Es sobre el fondo de estas circunstancias que suele interpretarse el retiro de San Martín.

Queda bien claro que en Perú no había sitio para ambos libertadores. San Martín, que se dio cuenta de que su propia eficacia estaba en decadencia, decidió retirarse, dimitió de todos sus poderes... y se dirigió a lo que acabaría siendo su autoimpuesto exilio en Europa (Bethell 114).

Aquí tenemos, en boca de un historiador, una primera apreciación e incluso interpretación de los motivos de San Martín: que podían ser muchos y muy variados, pero ninguno documentado “a ciencia cierta”.

Ahora bien, desde el siglo XIX, muchas generaciones de historiadores y de hombres de letras (Sarmiento, Bartolomé Mitre, Ricardo Rojas en el siglo XX, entre otros), así como de escritores, también en el siglo XX (Borges, García Márquez, Álvaro Mutis) han aventurado diversas interpretaciones (expresas o sobreentendidas) a la entrevista de Guayaquil, asignando a las partes respectivas diversas intenciones y rasgos caracterológicos, y proyectando de diferentes maneras sus propias nociones y actitudes identitarias que se iban forjando desde la fundación de las repúblicas latinoamericanas (no importa si se referían o no directamente a los personajes respectivos). Los historiadores contemporáneos han realizado un balance más equilibrado, sin que prevalezca el perfil de ninguno de los próceres como el más “positivo”, lo cual permite ver tanto a Bolívar como a San Martín bajo una luz más crítica. Lo cual, desde luego, no impide en lo más mínimo que los discursos sociales que circulan sobre la identidad retomen estas figuras como emblemas de ciertas cualidades “nacionales”¹⁰ definidas muchas veces como las del “otro”.

El relato de Borges, escrito en primera persona, de parte de un profesor universitario argentino, da cuenta de un encuentro que tuvo con otro profesor a propósito de unas supuestas cartas de Bolívar (probablemente apócrifas, dice el narrador) halladas en una biblioteca sudamericana (de una anónima república del Caribe). Ambos profesores pretenden ir a investigar personalmente las cartas, que podrían dilucidar el misterio –el “secreto”– de la famosa entrevista en Guayaquil entre Bolívar y San Martín. Después de un duelo verbal, el profesor advenedizo (un argentino de nacionalización reciente, emigrado de Europa durante la segunda guerra, de apellido alemán e indudablemente judío) vence al narrador, argentino de vieja cepa, descendiente de los militares independentistas fundadores de la patria, y se queda con la encomienda. En cierta forma, el argumento

⁹ Cf. Rodríguez 1996: 270.

¹⁰ Bolívar y San Martín, lo mismo que el muy posterior Ernesto Che Guevara, son capaces todavía si bien no determinar, al menos emblematizar (“justificar ideológicamente”) líneas de conducta y hasta políticas.

del cuento repite a modo de espejo el argumento histórico, como la crítica certeramente ha señalado. Presenciamos una especie de contienda, pero no conviene olvidar que el supuesto enfrentamiento histórico se caracteriza así debido más a una interpretación que al registro indudable de un hecho. Es el discurso ajeno el que nos transmitió la especie, puso acentos valorativos y sugirió posibilidades de tomar posturas propias hacia esa construida axiología.

Ahora bien, las trampas borgeanas comienzan desde la primera línea del discurso del narrador:

No veré la cumbre del Higuerota duplicarse en las aguas del Golfo Plácido, no iré al Estado Occidental, no descifraré en esa biblioteca, que desde Buenos Aires imagino de tantos modos y que tiene sin duda su forma exacta y sus crecientes formas, la letra de Bolívar. (Borges 1998: 389)

Las referencias geográficas que aparecen en el párrafo inicial, y que supuestamente aluden al país donde las cartas de Bolívar se encuentran: la cumbre del Higuerota, el Golfo Plácido, el Estado Occidental, no pueden encontrarse en ningún mapa de Latinoamérica. La clave de las referencias aparece en el segundo párrafo: el primer historiador de aquel país fue el capitán José Korzeniovski [*sic*; debe ser: Korzeniowski], en el cual un lector más o menos avisado es capaz de reconocer al gran Joseph Conrad. Los topónimos inaugurales y los posteriores (como Sulaco), y nombres que remiten a algún personaje que pretende ser real (el doctor Ricardo Avellanos), vienen de *Nostramo* (1908), la novela "latinoamericana" del novelista polaco-inglés. En el cuento nunca se menciona el nombre del país fabulado por Conrad, Costaguana.

De entrada hay un juego de estilos y una escritura consciente de sí misma: el narrador sin querer cae en "el estilo monumental de su historiador más famoso, el capitán José Korzeniovski". Esta sensibilidad estilística y la intención de describir y de mediatizar el efecto del suceso que se va a describir: "confesar un hecho es dejar de ser el actor para ser un testigo, para ser alguien que lo mira y lo narra y que ya no lo ejecutó", revela una *cierta* identificación de este narrador ficticio con el escritor (Borges 1998: 390). En efecto, la confesión es un acto participativo y un procedimiento propio de la novela; la historia debe supuestamente tan sólo dar cuenta de los "hechos". Nuestro narrador es un historiador "conflictado".

El narrador se caracteriza también a sí mismo por un determinado estilo, estilo propio, no sólo por la tendencia a estilizar a lo Conrad. "El rector de nuestra Universidad, en la que ejerzo el cargo de titular de Historia Americana, tuvo la deferencia de recomendarme al ministro para cumplir esta misión [la de revisar las cartas de Bolívar], etc.", se presenta a sí mismo, melancólicamente solemne (391). Pero es capaz de distanciarse de su estilo-identidad y tiene la sensibilidad para percibir otros estilos caracterizadores. Ahora bien, volviendo al argumento, la Universidad del Sur propuso para la tarea de rescatar las cartas de Bolívar al doctor Zimmermann, con quien justamente el narrador se entrevista.

El doctor Zimmermann es presentado (objetivado) como autor de una historia "de la república semítica de Cartago" y de algún ensayo político en que abogó por una

funcionalidad anónima del gobierno¹¹. Su éxodo de Alemania se debió a una denuncia ni más ni menos que de Heidegger, “que demostró, mediante fotocopias de los titulares de los periódicos, que el moderno jefe de Estado, lejos de ser anónimo, es más bien el protagonista, el corega, el David danzante, que mima el drama de su pueblo, asistido de pompa escénica y recurriendo, sin vacilar, a las hipérbolos del arte oratorio” (391) (Lo que no se dice es que se trata de Hitler)¹². Además, filósofo ilustre, pero colaborador del nazismo, Heidegger supuestamente denunció a Zimmermann ser de linaje hebreo, “por no decir judío” (*idem*). Semejante autoparodia discursiva pone de manifiesto ciertos rasgos del narrador sin nombrarlos¹³; rasgos, agregaremos, que Borges persona de ninguna manera compartía, pero que podrían formar parte de un nacionalismo tradicionalista que aquí, en su prosa, aparece ironizado (Es más, yo leo un sarcasmo). Aquí la instancia “autor” se aleja de la instancia “héroe”. En cuanto a Borges escritor, este alejamiento indica que estaba consciente del peligro de un nacionalismo xenófobo y antisemita en el que los políticos argentinos eran capaces de arrastrar a sus partidarios.

Se manifiesta asimismo un interesante traslape de funciones: si bien el narrador pretende identificarse con San Martín, coincide, paradójicamente, con la posición del “dictador” Bolívar (que lo es en la versión argentina o, si se quiere, en un cierto discurso social que podría llamarse, vulgarmente, *vox populi* de los que se adjudicarían la posición sanmartiniana) a través de la simpatía implícita hacia Hitler que manifiesta, dentro de su propia lógica; Hitler a quien Zimmermann (quien gana el pleito con una voluntad bolivariana) se opone por definición en su calidad de víctima de Hitler¹⁴. Esta inversión de las funciones se reproduce en varios niveles.

Daniel Balderston, que en su libro *¿Fuera de contexto?* encuentra innumerables vínculos de la obra de Borges con los “contextos” ideológicos, muchas veces canalizados por la literatura, “desacredita” la posición bolivariana en el cuento al evocar un episodio en la biografía de Bolívar, que permite vincular al personaje central de la novela “latinoamericana” de Conrad con la historia del prócer. El personaje Nostromo, de ética y eficiencia al parecer intachables, en un momento de perturbaciones políticas se queda con todo un cargamento de plata, un tesoro que le permite cambiar el curso de su vida. Es cierto que a Bolívar político Balderston lo identifica con otro personaje de la novela de Conrad, sólo tangencialmente involucrado en el hurto: Manuel Decoud. Conrad, por cierto, en su “Author’s Note” a *Nostromo*, en ninguna forma menciona a Bolívar, caracterizando el suceso en torno al cual se organiza el argumento, pero basado en un “hecho real”, como una de las vueltas del destino

¹¹ Funcionalidad atribuida por la tradición, como veremos, a San Martín frente a Bolívar.

¹² El estilo pomposo, obviamente parodiado, de esta referencia, trae a mi memoria las imágenes de una película de Fellini (*Amarcord*, 1969), referentes a otro “corega”, contemporáneo de Hitler: Benito Mussolini.

¹³ Ahora bien, Daniel Balderston señala que “la república de Cartago” en su relación con Zimmermann hace eco de la supuesta carta de Bolívar, fechada en Cartagena “el 13 de agosto de 1822”, que menciona el narrador en la ficción. Se trata supuestamente del error garrafal del narrador personaje de Borges: siendo historiador no sabe identificar una carta apócrifa, que no pudo ser escrita por Bolívar en esta fecha en Cartagena de Indias, ya que se encontraba todavía en Guayaquil. Me pregunto si no se trata de otra treta “autosubversiva” de Borges.

¹⁴ Un jefe de estado en calidad de “David danzante” se proyecta fácilmente hacia Juan Domingo Perón y el peronismo como fenómeno reiterado en la política argentina.

cuyo protagonista incluso podía haber sido una víctima de las circunstancias revolucionarias. Por eso veo ambigua la relación que traza el crítico al evocar aquel legendario episodio, que a veces se omite de la biografía de Bolívar, como una "opinión" indirecta y una toma de posición encubierta en la "disputa" entre bolivarianos y sanmartinianos, como si se tratara de comedores de huevo desde la punta (*smaller End*) y de "gruesi-extremitas" (o *Big-Endians*, que lo comen de *larger End*, recordando *Los viajes de Gulliver*)¹⁵.

El cuento de Borges "replica" a *Nostromo* y a otras obras de Conrad de varias maneras, nunca explícitamente.

El narrador vive en la calle de Chile, "como es fama" (una de las calles céntricas y tradicionales de Buenos Aires; al mismo tiempo, marca la identificación del narrador con San Martín, libertador de Chile). Le abre la puerta al visitante "con sencillez republicana" (puesto que no lo hacen los sirvientes: un tácito sobreentendido). Su actitud señorial contrastará con la ambivalente inseguridad de su visitante. El patio con baldosas blancas y negras anuncia un alegórico partido de ajedrez en que se va a convertir la entrevista.

El narrador prevé que el encuentro se va a desarrollar como un duelo (en *El informe de Brodie* por cierto hay otros dos cuentos sobre duelos). El narrador se siente con ventaja: nota la corriente indumentaria de su contrincante, sus nerviosos modales, su baja estatura¹⁶. Habla con acento alemán. "Daba la impresión de un pasado azaroso" (Borges 1998: 392). El narrador se siente generoso: quiere evitar un pleito entre las universidades y ahorrarle una vergüenza del rechazo al visitante (San Martín, de acuerdo con la versión tradicionalmente aceptada, quiere evitar el derramamiento de sangre fraterna al imponérselo a Bolívar).

El narrador tiene en su despacho una vitrina con sables, banderas y medallas de la Independencia que pertenecieron a sus antepasados; en el escritorio, un retrato de su bisabuelo, que "militó en las guerras de la Independencia" (392). Representa "sangre y suelo", los tópicos del criollismo y de la "argentinidad", que ocupaban a Borges en los albores de su actividad literaria (Olea 1993: 128, 130). Ciertas referencias concretas señalan decididamente a la genealogía del propio Borges¹⁷: se trata de un elemento de autoidentificación

¹⁵ Mitre (388-389), basándose en Restrepo, menciona el episodio fugazmente dándole una interpretación favorable a Bolívar; no así Salvador de Madariaga en su *Bolívar* (*apud* Balderston 1996: 208, nota 39; pero yo cito una edición en inglés). Para el historiador español, "he was thirstier for personal glory than for the achievement of the aims from which glory would shed its light on him" (235).

¹⁶ Joseph Conrad tiene un cuento "The Duel" (basado, por cierto, en *El disparo* de Pushkin, pero no sólo de argumento sustancialmente reelaborado, sino con acentos cambiados), en el cual dos jóvenes militares napoleónicos se enfrentan desde posiciones valorativas semejantes a las de los personajes de "Guayaquil": uno alto, guapo, rubio y noble; otro bajito, nervioso, irracional y traicionero. En el cuento de Conrad el triunfo moral queda con el primero; no así en el de Pushkin. En Borges, como veremos, la situación es análoga pero más compleja. Curiosamente, este desplazamiento de roles y funciones recuerda el mismo proceso del cuento "Guayaquil", en el cual no existe, desde luego, referencia alguna a "The Duel" de Conrad. Sin duda, estos textos pueden verse como parte de *avant-texte*, o bien de "co-texto", del cuento borgeano.

¹⁷ Es en la poesía donde estas evocaciones de los antepasados fundadores de la patria siempre aparecen en clave seria ("Isidoro Acevedo", de *Cuaderno San Martín*, 1929; "Poema conjetural", 1943, que lleva como epígrafe: "El doctor Francisco Laprida, asesinado el día 22 de setiembre de 1829 por los montoneros de Aldao, piensa antes de morir"; "Página para recordar al coronel Suárez, vencedor en Junín", 1953, o "Alusión a la muerte del coronel Francisco Borges (1833-1874)", o "Junín", 1966; o "Coronel Suárez", de 1976). En la prosa las referencias están mediadas por una máscara, distanciadas por la autoironía.

parcial con el narrador (cf. Olea 1993: 253). No obstante, estos detalles caracterizan a un personaje sin duda distanciada irónicamente (como lo anuncia el mismo narrador) de la posición del mismo Borges. Además, en *Nostramo*, una vitrina semejante se encuentra en la casa de uno de los héroes principales, Charles Gould, un inglés nacido en Latinoamérica, nieto de un héroe de la Independencia, como Borges.

A pesar de la aparente ventaja institucional y la seguridad que le da el arraigo nacionalista al narrador, el diálogo-duelo se desarrolla de tal modo que Zimmermann lo sobrepaja. Evocando a Schopenhauer, con sus tópicos de la voluntad (*El mundo como voluntad y representación*, obra innumerables veces nombrada por Borges en sus textos, aunque no en éste) y del poder, da por hecho que es a él a quien le corresponde ir a Sulaco (lugar mítico extraído de Conrad, donde las supuestas cartas fueron halladas). Las palabras se oponen a la voluntad; la Historia, de la que, según Zimmermann, descreyó Schopenhauer¹⁸, se expresa en el poder de un “insensato” (Hitler) y traslada a Zimmermann de Praga¹⁹ al continente americano; la voluntad es, pues, lo que importa. *Votre siège est fait*: es Zimmermann quien primero usa esta frase, que significa que hay que dar por cumplidos los hechos. Al final, el narrador tristemente corrobora: *Mon siège est fait*. La frase fue atribuida al abate De Vertot, un historiador francés del siglo XVIII, famoso por su impuntualidad en los hechos registrados. Cuentan que estaba terminando una historia de la orden militar de San Juan del Hospital, de Malta. Al terminar de describir el sitio de Rodas, alguien le proporcionó unos documentos complementarios sobre el tema, los mismos que él no quiso incluir, declarando: *Mon siège est fait*. “Mi sitio está concluido”, el origen de esta “frase alada” (cf. Vaulpilhac-Auger 1997, *passim*).

El narrador trata de resistir interponiendo ejemplos literarios: un partido de ajedrez entre dos reyes que especularmente refleja la batalla entre dos ejércitos, una competencia entre dos arpistas, argumentos tomados de la narrativa tradicional celta (*Mabino-gion*). Pero lo que refleja el “partido de ajedrez” entre dos profesores es el diseño de la interpretación tradicional del encuentro entre Bolívar y San Martín en 1822, cuya sede da título al cuento y emblematiza el conflicto entre la sangre criolla y el suelo nativo en el que se encuentra arraigado el narrador, y el “advenedizo” y apátrida Zimmermann que, sin embargo, posee una voluntad más definida. Ahora bien, San Martín, que representaba Argentina en la contingencia independentista, de ninguna manera dobla o refleja la posición ideológicamente valorada como criollista del narrador: San Martín era más español que argentino, desde cierto punto de vista adelantado por Sarmiento, mientras que el narrador es un argentino de “vieja cepa”, un patricio sedentario que se iden-

¹⁸ No es que la negara, pero “...para Schopenhauer la «verdad» de la historia importa menos que su función como «memoria de la raza humana», y tal memoria puede basarse tanto en la «ficción» como en la «realidad». Hacer historia es un acto de voluntad; su escritura, un acto de representación” (Balderston 1996: 210). Ahora bien, no es ninguna ficción la que arrojó a Zimmermann de Europa; pero al actuar de una determinada manera frente al narrador, él en cierta forma “hace” la historia (como Bolívar), dejando la “representación” a su contrincante, que de hecho lo que va a representar en su narración es el “renunciamento” sanmartiniano. El narrador promete, simbólicamente, no volver a escribir, pero nosotros estamos leyendo el cuento.

¹⁹ La mención de Praga le permite al narrador evocar a Gustav Meyrink y al Golem, el tópico intradiscursivo borgeano.

tifica más que nada con Buenos Aires. No obstante, la de San Martín era una postura que está siendo interpretada por la *vox populi* de los argentinos como una renuncia del argentino arquetípico al poder a favor de la unidad de la causa independentista, frente a la ambición de poder que supuestamente representaba Bolívar. En las interpretaciones contemporáneas, como la de García Márquez, por ejemplo, Bolívar aparece "telúrico" y supuestamente desidealizado²⁰. El punto es que las posiciones de los "duelistas" están en cierto modo invertidas y, por lo tanto, irónicamente distanciadas de las posiciones de la "verdad". Sí volvemos a los constructores de las varias versiones de la Historia, para Madariaga "[f]undamentally, the meeting of Guayaquil was a duel between two replicas of Napoleón" (1952: 440).

Ahora bien, me pregunto si es confiable mi hipótesis acerca de la autoironía. El psicoanálisis dirige la cuestión de San Martín hacia el punto neurálgico de su filosofía: "la cuestión del padre. En este caso, hacia [e]l Padre de la Patria; [...] el general don José de San Martín" (Rúpolo 1984). La del Padre es una cuestión central del psicoanálisis freudiano y forma parte de un discurso por demás serio. En cuanto a San Martín: "Su renuncia fue siempre interpretada en la Argentina como uno de los más grandes valores: ante la posibilidad del enfrentamiento y de derramar sangre, renunció". De este modo, "...el secreto de Guayaquil constituye una de las escenas fundacionales de la identidad argentina" (Kohan 2003: 42). Tales son las lecturas que hacen ciertos intérpretes del encuentro histórico reproducido por Borges de una manera distanciada, mediada por la lectura literaria y por los paralelos a varios modelos literarios. Aun así, la exarcebada sensibilidad argentina lee:

"Guayaquil" es un duelo académico y nacional. "Vencen los inmigrantes, los inmigrantes vencen", parece repetir y salmodiar este relato sobre el destino de un académico patricio que no supo engarzar su yo con el destino o la voluntad nacional (Jorge Panesi, *apud* Balderston 1996: 150).

¿Cómo se transforma esta visceralidad en Borges? Mediante la creación de la distancia al interponer elementos relacionados con la esfera de la lectura/escritura, procedimiento amalgamado con la creación de la ilusión de la realidad. Los elementos de la "realidad" adquieren un carácter alegórico: no se reproduce ningún partido de ajedrez más que en la referencia del narrador, mas el tablero simbólico (el patio de losas blanquinegras) está instalado desde que el contrincante accede a la casa; el transcurso de la "batalla" se refleja en la erudición literaria del narrador autodistanciado; los duelos de *El informe de Brodie*

²⁰ García Márquez en *El general en su laberinto* no abunda acerca del encuentro en Guayaquil, que apenas se menciona. Ahora bien, el propio Bolívar aparece, a pesar de todo, en una actitud de "renunciamiento" monumental: "El general Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios se iba para siempre. Había arrebatado al dominio español un imperio cinco veces más vasto que las Europas, había dirigido veinte años de guerras para mantenerlo libre y unido, y lo había gobernado con pulso firme hasta la semana anterior, pero a la hora de irse no se llevaba ni siquiera el consuelo de que se lo creyeran" (García Márquez 1989: 44). No obstante, para alguien como Álvaro Mutis esta magnificación no ha sido suficiente: en su poesía y narrativa Bolívar aparece con una aureola romantizada.

hacen contrapunto con “El duelo” ausente de Conrad²¹. El doctor Zimmermann guarda en su portafolio un fantástico boleto de avión con el destino Ezeiza-Sulaco.

En nuestro caso, el artificio literario bastante complejo le permite a Borges relativizar e ironizar posiciones ideológicas que pueden tomarse muy en serio “en la vida”, pero que reciben un tratamiento indirecto, refractado “en el arte” de la prosa. En la poesía, Borges sostiene su identidad, apoyada en su genealogía y en la añoranza romántica del pasado de la fundación de la patria –aunque el tal pasado se hubiese obtenido por el tamiz literario (¡el pre-texto!) y por los textos históricos: la Independencia, *Martín Fierro* y los valores que implica– dejándola intacta hasta el final. Dentro de estos valores, nunca se reclaman las circunstancias concretas de la articulación identitaria: la omisión del otro nativo, que en alguna forma sesgada pueden emerger en su prosa. La argentinidad, en sus diversas hipótesis, se formaba mediante la exclusión: del indígena, del gaucho (que una vez extinto como agente social, pasó a ser parte de la identidad emblemática), del gringo, del vecino latinoamericano. La ambivalencia de la postura de Borges en las cuestiones de la identidad pone de manifiesto la escisión íntima en la personalidad y la autoconciencia, que puede ser rastreada mediante la revelación de los mecanismos narrativos y de la investigación de corte sociocrítico, que incluye tanto un perfil filológico –investigación de las “fuentes”, la relación con las cuales nunca es unívoca– o bien rastreando el “contexto” complejo de su génesis, contexto que prefiero no desglosar aquí de acuerdo con la herramienta sociocrítica, pero reiterando que incluye todo tipo de “lenguajes sociales” y discursos históricamente avalados, de estrategias preconstruidas, discursos interpelados por Borges en su función de “monitor” del “vasto rumor social”. La misma duda acerca de la validez de la cientificidad histórica aparece en Borges en forma sesgada, mediada: “La verdad histórica, para él [en su caso, Pierre Menard] no es lo que sucedió; es lo que juzgamos que sucedió” (Borges 1998: 135). Contando con la cooperación del lector, la frase *Mon siège est fait* reitera lo mismo. Estos detalles, tan característicos de Borges aunque no visibles a primera vista, me hacen seriamente dudar de la identificación total del escritor con el narrador, sostenida por más de un crítico, como lo hace, por ejemplo, R. J. Díaz quien, además, describe a Zimmermann como personaje “negativo”, incapaz de aprehender la esencia de la Historia (Díaz 1997: 323), accesible a “Borges” mediante la creación. La conclusión tan planamente aristotélica no me convence. No obstante, la exaltación del oficio de escritor aparece en otros críticos: para Wheelock, citado por Marval-MacNair (1996: 371), el narrador es “a scholar who renounces intellectual fulfillment in order to preserve esthetic life”. La misma autora sostiene que Borges reproduce en el cuento la situación de un *romance* (369), de mito nacional encarnado que se cancela,

²¹ Sostengo que el papel de Borges lector y “editor” en la ficción todavía no ha sido suficientemente dilucidado. Dice Liliana Weinberg: “Leer y escribir se vuelven, a partir de Borges, procesos mucho más densos y sofisticados, y se inscriben en un amplio marco que incluye e, insisto, traduce simbólicamente el quehacer cotidiano del hombre de letras: editar, comentar, reseñar, compilar, consultar, corregir, cotejar” (2007: 2). Las *actitudes* de Borges en cuanto instancia narrativa llamada *autor* que hace un contrapunto con la instancia narrativa *héroe* (hay quienes lo toman por otra hipótesis del mismo Borges) se leen con una mayor nitidez a la luz de las lecturas de Borges hombre, como en el caso de “Guayaquil”.

[f]or by ritualizing and embodying the exile that was San Martín after Guayaquil, the narrator had also discharged the basic function of myth, that of satisfying one of society's needs, the need for heroes and, in this case, the need to idealize the man who had abstained. (373-374)

De una manera o de otra, la función del mito no se actualiza en el cuento en primera instancia, sino que aparece ironizada, distanciada, basada en sobreentendidos (Volóshinov habría dicho: en "entimemas", emblemas del enunciado ideológico), trampas narrativas y trastrueques de identidades. Borges no es Borges, sino un "otro"; "San Martín" adquiere las funciones de "Bolívar", y viceversa²². Será cierto aquello de lo que se interroga el psicoanalista: "¿no se nos ha llamado acaso a los argentinos los ganadores morales, porque siempre se juega muy bien hasta el último minuto en que algo nos traiciona y allí perdemos?" (Rúpolo 1984). ¿Quiénes son los "argentinos" en el caso que nos presenta Borges? El narrador y Borges ambos son argentinos, aunque de diferente modo. La cuestión de la identidad llega aquí a un punto muerto, lo mismo que la "confrontación" entre Bolívar y San Martín en una Historia imaginada de tantas maneras.

BIBLIOGRAFÍA:

- BALDERSTON, Daniel (1996) *¿Fuera de contexto? Referencialidad histórica y expresión de la realidad en Borges*. Rosario, Beatriz Viterbo.
- BARSKY, Robert F. (1993) "What can literature do? What does literature know? Scio-criticism, Politics, and the Text" [book review: *Le politique du texte, enjeux socio-critiques pour Claude Duchet*, ed. by Jacques Neefs and Marie-Claire Ropars, Paris, Presses Universitaires de Lille, 1992]. *Discours social/ Social Discourse* (Montréal). 5 (½): 151-161.
- BETHELL, Leslie, ed. (1991) *Historia de América Latina, 5. La Independencia*. Trad. de Ángeles Solà. Barcelona, Cambridge University Press – Editorial Crítica.
- BORGES, Jorge Luis (1998) *Ficcionario*. Ed. de Emir Rodríguez Monegal. México, Fondo de Cultura Económica.
- CASTILLO DURANTE, Daniel (1992) "El indio, leyenda y copia de leyendas. Del 'Beduino' de Sarmiento al 'Guerrillero' de Sábato". En: Edmond Cros (ed.) *El indio, nacimiento y evolución de una instancia discursiva (Actes du Coologique de Montréal 1992)*. Montpellier, Éditions du C. E. R. S.: 185-204.
- CONRAD, Joseph (1963 [1904]) *Nostromo. A Tale of the Seaboard*. Harmondsworth, Middlesex, Penguin Books.

²² "La glosa a la historia denuncia oblicuamente la imposibilidad de las «verdades» históricas: el narrador-personaje, los personajes de los hechos, al relatarlos, al repetirlos, no hacen otra cosa que tergiversarlos. El objeto (el hecho) nunca se actualiza. El narrador confiesa al final su imposibilidad de entender y de relatar con probidad lo pasado..." (Madrid 1987: 148).

- CHUST, Manuel, SERRANO, José Antonio, eds. (2007) *Debates sobre las independencias iberoamericanas*. Madrid, AHILA – Iberoamericana – Vervuert.
- DERRIDA, Jacques (1967) *De la grammatologie*. Paris, Les Éditions de Minuit.
- DÍAZ, Roberto Ignacio (1997) “Borges en «Guayaquil»: las cosas de la historia”. *Revista Hispánica Moderna* (University of Pennsylvania). 50 (2): 315-326.
- DUCHET, Claude (1979) “Para una socio-crítica o variaciones sobre un incipit” (trad. M.-P. Malcuzyński). En: M.-Pierrette Malcuzyński (ed.) *Sociocríticas, prácticas textuales, cultura de fronteras*. Amsterdam – Atlanta, Rodopi, 1991: 29-49.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel (1989) *El general en su laberinto*. México, Editorial Diana.
- KOHAN, Martín (2003) “El enigma de Guayaquil: el secreto de la Argentina”. *Variaciones Borges* (Borges Center, University of Pittsburgh). 16: 35-44.
- MADARIAGA, Salvador de (1952) *Bolívar*. Coral Gables, Miami University Press.
- MADRID, Lelia (1987) *Cervantes y Borges: la inversión de los signos*. Madrid, Editorial Pliegos.
- MALCUZYŃSKI, M.-Pierrette (1992) *Entre-dialogues avec Bakhtin ou sociocritique de la [dé]raison polyphonique*, Amsterdam – Atlanta, Rodopi.
- MARVAL-McNAIR, Nora de (1996) “Borges’ «Guayaquil» or The Romance of the Withheld”. *Revista Hispánica Moderna* (University of Pennsylvania). 49 (2): 368-374.
- MITRE, Bartolomé (1890) *Historia de San Martín y de la emancipación sud-americana*. T. 5. Buenos Aires, Félix Lajouane.
- MUTIS, Álvaro (1992) “El parto del general”. En *Gabriel García Márquez, Testimonios sobre su vida. Ensayos sobre su obra*. Selección y prólogos de Juan Gustavo Cobo Borda. Bogotá, Norma: 93-95.
- OLEA FRANCO, Rafael (1993) *El otro Borges. El primer Borges*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica – El Colegio de México.
- RODRÍGUEZ, Jaime E. (1996) *La independencia de la América española*. México, Fondo de Cultura Económica – El Colegio de México.
- RÚPOLO, Héctor (1984) “Los bordes no tan simples de una carta”. [en línea] <http://elsigma.com/site/destalle.asp?IdContenido=1353>.
- SARLO, Beatriz (2001) Introducción a *El informe de Brodie* [en línea] <http://www.borges.pitt.edu/bsol/bsbrodie.php>.
- SARLO, Beatriz; ALTAMIRANO, Carlos (1993) *Literatura/Sociedad*, Buenos Aires, Edicial.
- VOLPILHAC-AUGER, Catherine (1997) “Mon siège est fait ou la méthode historique de l’Abbé de Vertot”, *Cromohs*. 2: 1-14. [en línea] http://www.cromohs.unifi.it/2_97/volpil.html.
- WHEELOCK, Carter (1975) “Borges, Courage and Will”. *The International Fiction Review* (Toronto). 2 (2): 101-105.
- WEINBERG, Liliana (2007) “Jorge Luis Borges: la escritura de una lectura, la lectura de una escritura”. *Variaciones Borges* (Borges Center, University of Pittsburgh). 23: 2-22.